







# UN VIAJE LLAMADO VIDA





BANANA YOSHIMOTO

UN VIAJE  
LLAMADO VIDA

Traducción del original japonés de Rumi Sato

 SATORI

Colección Satori Contemporánea · 1

Primera edición, septiembre 2014

*Jinsei no tabi wo yuku* by Banana Yoshimoto  
Copyright © 2006 by Banana Yoshimoto  
Japanese original edition published by NHK Publishing, Inc.  
Spanish translation rights arranged with Banana Yoshimoto  
through ZIPANGO, S.L.

Edición en español: *Un viaje llamado vida*  
Autora: Banana Yoshimoto

© SATORI EDICIONES  
Todos los derechos reservados  
C/ Perú, 12, 33213, Gijón, España  
www.satoriediciones.com

© de la traducción: Rumi Sato  
© de la fotografía de portada: *Today's Levitation 06/12/2011*  
Natsumi Hayashi, courtesy MEM, Tokyo  
© de la fotografía de la autora: Fumiya Sawa  
Diseño de la colección y cubierta: Nuria Zaragoza  
Composición: Emiliano Molina

ISBN: 978-84-942390-2-1  
Depósito legal: AS-00249-2014

Impresión: Gráficas Apel  
Impreso en España – Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

## I

Las pirámides están mirando	11
El Japón que encontré en Australia	12
Romero	15
Si voy de todos modos	17
El anciano caballero	19
Hacía frío	20
El misterio del mate	23
La playa de la isla de Gozo	25
Las historias del jade	27
Coral	28
Ese momento	30
Una vida así	34
Balneario generoso	38
Cosas que echo de menos	44
Algas <i>mozuku</i>	51
Como si ya lo hubiera visto antes	57

## II

El aroma de la primavera	67
La primavera en el extranjero	68
Tulipanes	69

La mirada del conejo	71
Señales del otoño	72
Memorias del ginkgo	73
Castañas	75
En una montaña nevada	76
Verdor exuberante	78
Si pedimos un favor	80
Hombres, flores y animales	82
Belleza	84
Encariñarse	86
Las plantas	89
El sabor de esa persona	95
Objeto olvidado	102
Sandías	108
Una tarde feliz	115
Simplemente, estúpidamente	120

### III

Al despertar	131
Un mundo nuevo	133
Quiero volver	135
Azufaifos	138
Más que el primer amor	140
Las tortugas y yo	147
El grito de la vida	154
La fuerza de los padres	160
Instinto	167
El día de la despedida	173
La cafetería en el sueño	179
Sushi	188
Epílogo	197



I

\*

*Un viaje,  
no importa lo desastroso que resulte,  
en la memoria  
se transforma en algo maravilloso.*





## LAS PIRÁMIDES ESTÁN MIRANDO

Guiza es una ciudad extraña, te hace sentir como si el suelo no tuviera ningún punto de apoyo, por lo que resulta ambigua. Quizá sea porque no fue construida para ser habitada. Antes que nada, cuando hay una presencia tan peculiar en una ciudad, es lógico que ella domine la atmósfera.

Una vez le comenté a alguien que había crecido en la falda del monte Fuji:

-¡Qué envidia ver todos los días de cerca el hermoso monte Fuji!

Pero para mi sorpresa me respondió:

-Para nada. A mí me daba miedo.

Dijo que su mente infantil se preguntaba qué haría en caso de erupción, y que lo que experimentaba de todos modos al ver el monte Fuji, que se erguía más allá del patio del colegio durante las horas de Educación Física, no era su belleza sino una inexplicable sensación de miedo. Me imagino que más que miedo sentiría una especie de temor.

En Guiza, cuando un anciano de una perfumería me aclaraba: «Este es barato, pero tiene exactamente la misma composición que el Chanel n.º5, ¿eh?» (¿En seriooo?), o

cuando paseaba en camello por el desierto, o almorzaba o tomaba un delicioso cóctel de frutas frescas en el bar de un precioso hotel, cada vez que me volvía, allí estaban las pirámides. Ellas se inmiscuían en las escenas cotidianas proyectando un aspecto claramente distinto. Incluso cuando no las veía en la oscuridad, sin duda me daba la sensación de que algo enorme estaba allí y no dejaba de mirar hacia mí. Sentí más próxima esa presencia mientras estuve lejos de ella, concentrada en hacer otras cosas, que cuando me detuve enfrente durante el espectáculo de luz y sonido.

En ese momento decidí que, en efecto, merecía la pena ver las pirámides al menos una vez en la vida. No sé por qué, pero aquella construcción es como si hubiera sido creada proyectada hacia el futuro, y digo yo que quién iba a visitarlas sino nosotros, los seres humanos que están existiendo ahora en ese futuro. Aunque no sé quién las construyó ni con qué propósito, no se puede entender nada de su enigma sin verlas *in situ*.

El aire seco de Egipto es ideal para enjugar bien el corazón húmedo de los japoneses. Si alguien va allí cuando está har-to, se sentirá renovado. Tengo la sensación de que aquellos rayos de sol tienen una gran fuerza capaz de penetrar en el corazón de las personas sin importar el estado en que se encuentren. Tal vez, las pirámides hayan sido construidas con esa fuerza.

### EL JAPÓN QUE ENCONTRÉ EN AUSTRALIA

Fui a Australia a fin de recopilar material para mi nueva obra *Honeymoon*. En realidad, había ideado para esta novela un argumento como si deambulase por Australia; sin embargo, mientras escribía, la situación interna de Japón se volvía cada vez más insoporable, y tal vez eso me hizo centrarme

en elementos tales como los jardines y las vistas de Japón. Creo que el viaje tiene sentido porque precisamente tenemos una vida diaria a la que regresar, excepto cuando uno parte por un largo tiempo. Como al final me centré en los aspectos de la vida cotidiana después del viaje, no llegué a aprovechar mis aventuras australianas en el desarrollo de la novela, pero mi estancia transcurrió en un lugar encantador.

Ya que se trataba de un pequeño alojamiento, no voy a entrar en detalles (se localiza fácilmente si se busca). Era un albergue de estilo japonés en las montañas cerca de Brisbane, donde hicimos noche. El propietario era un monje que se dedicaba a elaborar *washi*<sup>1</sup>. Y su mujer preparaba deliciosos platos japoneses a los huéspedes. Estaba rodeado por un bosque de bananos donde había serpientes y sanguijuelas, un paisaje inimaginable en Japón; pero una vez dentro, era una vivienda japonesa en todos los aspectos. Aunque las habitaciones eran de estilo occidental, estaban decoradas con libros y caligrafías japoneses, de tal manera que me pareció encontrarme en un albergue de las montañas de Nagano o Yamanashi<sup>2</sup>. Y, curiosamente, había un baño de madera de ciprés al aire libre que era muy de agradecer para descansar la vista y el cuerpo fatigados del agotador viaje. Mientras reposaba en el agua caliente en medio del aire limpio de las montañas, me llenó de una inmensa felicidad el hecho de ser japonesa. Hasta ese día, yo estaba en la habitación de un hotel y llevaba una vida totalmente distinta a la de Japón, y comía con tenedor y cuchillo, pero ese día en un baño al aire libre... no me parecía real. Sentí que mi cuerpo se relajaba. A fin de cuentas, comprendí que los japoneses tenemos una constitución para andar descalzos en casa, estirar el cuerpo en la bañera, y que

<sup>1</sup> Papel tradicional japonés.

<sup>2</sup> Son las prefecturas de la región de Chūbu, de la isla de Honshū en Japón, que es la cuna de las casas rurales por su geografía montañosa.

nos sientan mejor los alimentos ligeros. Todo esto se entiende mejor cuando uno se encuentra en el extranjero.

Para ir de compras es obligado bajar de la montaña y llegar a la ciudad; cuidar de una plantación de bananos y extraer las fibras de los tallos para fabricar papel es muy laborioso, y la administración de la vivienda y el mantenimiento de la bañera también debe de resultar agotador. Sin embargo, al encontrarme con la cultura japonesa en medio de aquella naturaleza salvaje, aprecié su valor como nunca antes. Y es que los japoneses poseen una sabiduría maravillosa para vivir en armonía con la naturaleza, al tiempo que no escatiman el trabajo para lograr el bienestar, y mantienen un gran espíritu y aman la belleza delicada. Los que vivían en esa casa tenían un rostro realmente lozano. Decidí que, si alguna vez vuelvo a Australia, regresaría a ese alojamiento al final del viaje para refrescarme física y mentalmente antes de volver a casa.

Otra cosa que me impresionó fue el bufé de fritura.

En teoría, esa cocina debía ser coreana, pero estaba preparada un tanto al azar en todo, en cuanto a los ingredientes, el modo de cocinarlos y servirlos, por lo que resultaba divertida. Consistía en que los huéspedes se ponían en fila delante de una especie de bufé de ensaladas. Pero ese bufé no era de ensaladas, sino ¡de carne! Una variedad de carne congelada de pollo, cerdo, ternera y cordero cortada en finas lonchas y amontonada en sus respectivos recipientes, de los que cada uno tomaba la cantidad que quisiera. Las verduras estaban dispuestas de la misma manera, y se aliñaban después con diversos aderezos al gusto de cada cual, como sake, sal, salsa picante, salsa de soja, vinagre, pimienta molida y salsa inglesa. Por último, se llevaba ese plato a una enorme plancha redonda debajo de la cual el fuego crepitaba con vigor. Allí estaba un joven coreano saludable y fornido, que tras verter el aceite sobre la plancha, volcó bruscamente

todo el contenido del plato sobre ella, lo salteó con una larga espátula de hierro haciéndolo chisporrotear, y con el espectáculo de darle la vuelta hábilmente al salteado lo devolvió al plato. Como se podía repetir las veces que se quisiera, me divertí tanto pensando en todas las combinaciones: cordero, brotes de soja y jengibre, y después pollo, repollo con sal y sake, que al final comí demasiado. Sin embargo, en esta ocasión también reparé del todo en que era japonesa. En comparación con los australianos que me rodeaban, mi aliño era sin duda auténticamente japonés.

## ROMERO

Hasta ahora nunca he sido capaz de cuidar una planta de romero. Es una hierba aromática muy útil para espolvorear sobre un pollo antes de asarlo, o para añadir una ramita recién cortada a fin de mejorar la salsa boloñesa que ha salido mal. En todos los casos, los platos adquieren un buen sabor. Si se trata de patatas, resulta una combinación perfecta tanto para cocerlas como para freírlas.

El problema es que el romero se muere rápidamente si no se riega de forma adecuada todos los días y si no se le procura una buena exposición al sol, por muy grande y hermoso que estuviera al comprarlo. Incluso se pueden utilizar las hojas secas para cocinar, pero el resultado no tiene nada que ver con el conseguido con el romero verde y fresco. La primera planta que compré se echó a perder porque mi perra hizo pis encima. La segunda se secó mientras estuve de viaje mucho tiempo. La tercera se marchitó mientras guardaba cama por estar enferma. La cuarta también porque mi tortuga escarbó en la raíz. Y ahora llevo un año cuidando la quinta a la que, por fin, le han salido gran cantidad de preciosas flores de color malva.

El año pasado, al poco de haber comenzado a cuidar esa quinta planta de romero, fui a Sicilia no sin antes haberle insistido a mi novio, incluso con palabras amenazantes, para que me la regase. Sicilia, a principios de primavera, era un paraíso de flores. Hinojo, jazmines, cactus, almendros en plena floración, crecían por doquier llenando toda la ciudad con un dulce perfume. Asimismo numerosas plantas desconocidas para mí abrían sus flores multicolores en los jardines más pequeños, en los laterales de las escaleras y alrededor de las ruinas.

A tiro de piedra del hotel donde me alojaba, había una especie de arbustos muy frondosos que desprendían un fuerte aroma. Estaban cuajados de flores de un azul intenso que parecían a punto de caer. Como su perfume me resultaba un tanto familiar, me fijé bien en ellos y, entonces, descubrí con gran sorpresa que lo que parecían arbustos en realidad era romero. Con unas ramas de aspecto sólido, unas enormes hojas frondosas y una cantidad de flores como para aburrir, desprendían un perfume tan intenso me resultaba casi asfixiante. Me quedé completamente asombrada preguntándome si ese era el auténtico romero silvestre. En comparación, la planta menuda de mi casa plantada en una maceta (aun así, hasta entonces, creía que era bastante grande) parecía de juguete. Pensando en lo que me había afanado en cuidar aquel romero de aspecto tan débil, me sentí ridícula.

Con todo, sin embargo, y aunque parezca extraño, ahora, cada vez que miro mi romero, cómo comienza a abrir sus flores con su modesto perfume en el balcón de mi apartamento, bajo el cielo del sur, vuelven a mi mente aquellos romeros impactantes de Sicilia, su fragancia, el color del cielo infinitamente transparente y azul, e incluso la sensación de la brisa fresca. Es algo realmente agradable. Así que ahora el romero que tengo ante mis ojos me parece una presencia muy valiosa que se conecta con algo realmente inmenso.



## SI VOY DE TODOS MODOS

Una muy querida amiga me enseñó unas fotos de cuando estaba estudiando en Italia. ¡Estaba tan gorda que parecía otra persona! Me quedé muy sorprendida. Me comentó que pesaba unos doce o trece kilos más que ahora. Aunque lo había oído comentar, el impacto que me produjo ver la imagen era otra cosa totalmente diferente. Dije con sincera admiración: «¿Cómo has podido recuperar la figura de antes?».

Una vez paseé con ella por la ciudad donde había estudiado. En cada rincón me iba contando sus recuerdos. En esa hermosa ciudad llena de antiguos monumentos, me habló no solamente de haber engordado de tanto comer, sino también de sus ansiedades, de la dificultad de las relaciones personales, y del mal de amores que le hacía moverse entre el cielo y el infierno. Me contó que una vez que había estado muy deprimida, esa hermosa ciudad le había parecido completamente gris y que ese hecho le había sorprendido.

Me imagino que entre las personas que fueron a estudiar al extranjero, habría mucha gente que engordó y nunca recuperó su aspecto de antes, o que se enamoró y fue incapaz de seguir con sus estudios, o que se limitó a vivir allí relacionándose solo con japoneses, o que se estresó y regresó sin lograr nada, etcétera.

Pero ella, en solo un año de estancia, aunque se hundió hasta el límite (o, más bien, engordó hasta el límite...), también probó todo el placer de la gastronomía sin preocuparse de ganar trece kilos, y se entregó al amor, pues conoció a su novio en profundidad y se separó de él; con todo, aprendió el italiano y nunca dejó de estudiar. Mi amiga, como era joven, no se acobardaba, y fue capaz de enfrentarse con entusiasmo a cualquier experiencia asimilando todo lo que podía aprender de ella. Creo que todas aquellas personas que piensan demasiado o les falta confianza en sí mismas y



dudan, no se atreverían a vivir la vida con la intensidad que ella la vivió.

En definitiva, su autenticidad dio sus frutos. Después de regresar a Japón, adelgazó por completo, consiguió uno tras otro trabajos en los que podía aprovechar el italiano, y se tomó el tiempo necesario para olvidar los dolorosos recuerdos del desamor; se ha convertido en una mujer adulta y atractiva. También sigue manteniendo una buena amistad con la gente a la que conoció en aquellos tiempos. Todo esto es una recompensa por sus continuos esfuerzos y por su alma abierta que la impulsó a intentar hacer las cosas que le interesaban sin preocuparse de lo que dijeran los demás.

Siempre se muestra humilde, porque es una persona realmente excepcional. Creo que una persona capaz de llegar tan lejos en un año es rara. Por lo común, en una estancia de un año, uno no sabe si ha ido de vacaciones o de viaje, o para aprender idiomas, o para conocer una cultura diferente, o para buscar el amor, pero finalmente se regresa habiendo dejado todas las cosas a medias, o ¿no?

He conocido a muchas personas que tuvieron diversas experiencias, que aprendieron el idioma o se casaron después de haber permanecido más tiempo, pero no conozco a nadie más que ella que aprovechara un año con tanta intensidad. De hecho, cuando la conocí, estaba convencida de que había pasado más de cinco años en Italia por su capacidad lingüística y su comportamiento.

Mirando a mi amiga mientras me relataba ese año extraordinario como si tal cosa, pensé seriamente que ya que uno se va al extranjero invirtiendo su dinero, al menos vivir cada día con la mente abierta en lugar de ver las paredes que llevamos en nuestro interior puede aportarnos un resultado diferente.